

Nuestra Página LITERARIA

Cómo luchan por la libertad de España las mujeres antifacistas

Por Dolores Ibarruri
La Pasionaria

Era una miliciana. Vestida con su «mono» azul, sostenía su rifle con tal pasión, que más bien parecía que tenía entre sus manos un juguete largo tiempo deseado antes que una arma de muerte.

Entre la alegría de las milicianas que iban sonriendo a la batalla y a la muerte, ella no decía una palabra. Seria y grave, sus ojos brillaban con vivos relámpagos que expresaban odio, decisión, valor. Me acerqué a ella.

—¿De dónde eres?— le pregunté.

—De Toledo.

—¿Por qué has venido al frente?

La contestación tardó unos instantes. Por último me dijo:

—A luchar contra el fascismo, a ayudar a acabar con los enemigos de los trabajadores y a... vengar la muerte de mi hermano.

—¿Lo mataron?

—Sí—replicó. El era soldado y comunista. Cuando estalló el movimiento contrarrevolucionario, quisieron obligar a mi hermano a ir, como otros, contra sus hermanos de clase y a pelear contra la República. Mi hermano se negó y ellos lo mataron como un perro. He venido aquí a ocupar la plaza que él habría tomado y además a vengar su muerte, a demostrar a la canalla fascista que cuando los hombres caen, las mujeres llenamos los lugares que ellos dejan vacíos. Nosotros peleamos con el mismo ardor y el mismo coraje que ellos, porque ellos nos enseñaron cómo se muere. No es cierto, camarada, que vale más morir que vivir en el infierno facista dentro del cual agonizan los trabajadores de otros países?

Me pareció que esta pregunta se la dirigía más a sí misma que a mí, o más bien que respondía a algo que había surgido en lo más íntimo de sus sentimientos.

Me informé con sus compañeras de su conducta en la lucha. Todas la admiraban. Ella es la primera en correr el punto de mayor peligro, a desafiar la muerte con admirable serenidad.

¡Valientes milicianas!

Ella, como todas las camaradas que desafían la muerte en la línea de fuego, trae a la memoria todas las heroínas de la historia de nuestra España, de Saguntina, de Numancia; la Padilla, la Agustina de Aragón, María

Pita, Manuela Sánchez, Mariana Pineda, que lucharon contra los opresores extranjeros con los «comuneros», con los payeses (campesinos catalanes), en la Guerra de la Independencia, en la Guerra de la Constitución.

Estas mujeres siempre juegan un papel decisivo—animando al hombre para la lucha, demostrándole con el ejemplo que es mejor morir que someterse a los opresores y a los verdugos.

¡Mujeres de España, todo el honor y la gloria de las batallas que el pueblo está sosteniendo contra aquellos que tratan de asfixiar nuestro país en el infierno del fascismo, toda esta gloria es vuestra!

Las montañas del Guadarrama son una prueba del valor de las mujeres que luchan contra un enemigo fuerte y poderoso.

Van a la muerte cantando; si alguna vacila, le atizan el valor, le enderezan el espinazo. Alto de León, Navacerrada, Somosierra.

Estos lugares empapados con la sangre de tantos héroes anónimos, brillarán con eterna llama en la historia de las luchas contra el fascismo en nuestra tierra.

La tradición se perpetúa, la historia se repite. En las mujeres que están peleando hoy en el frente, que ofrecen su sangre a los heridos, que velan a la cabecera del lecho en donde yacen los héroes de cien batallas, abatidos por la pena y exhaustos, en todas ellas renacen nuestras heroínas del pasado, todas aquellas que cayeron con el grito de su amor por la libertad, en los labios.

¡Ante vosotras, queridas camaradas, que acompañáis a nuestros hombres en la lucha, nuestros banderas se inclinan con un saludo lleno de emoción!

¡Gloria a vosotras, mujeres antifacistas!

EN CARTAGO

Los jueves a las 7 p.m. el c. Ferreto de sarrollará un curso sobre el Movimiento obrero revolucionario. En el Salón frente a la plaza de camiones.

De la dura entraña del suelo de España, tu coraje arranca, Madre Proletaria, gras vindicadora del dolor de siglos que roe las carnes de siervos y esclavas. Eres la conciencia emarcecha de la Hamarada revolucionaria que un día Prometeo alzara, imperecedera, en la mar revuelta de la tempestuosa trag-dia esquiliana. Mujer de tu siglo, fuerte miliciana, del templo infamado por la farsa, del viejo palacio, refugio de cuervos y cornejas, del cuartel de armas, donde las estrellas del honor se cambian por sucias monedas, barras con metralla, con la bizzarria de una capitana, la escoria de España medioeval: el viejo rey fantasma y su corte que chupaba, a la sombra del tetrico Escorial, como imunda bandada, la sangre del minero, sangre santa, la del campesino que la tierra araba y en trigo y en vino su sudor cambiaba; el olérido avaro de la mina negra que en casa de cambio trocaba viejas catedrales; el generalote sin gloria y ahito de sangre africana. Eres Pasionaria; el dolor de siglos de tu madre España, tumultuosamente te convierte en fuerza revolucionaria; ola de marca montante, en que tu destino se ha unido al destino común de tu patria; tu fuerza, es la fuerza de todos los héroes anónimos que en la hora solemne, se ierguen a dar la batalla contra la injusticia, haciendo del pecho desnudo y de los corajes de millones hombres, la oleada, montante, que aplaste la última negra barricada, donde se refugian áureos uniformes, pergaminos sucios, birretes, sotanas, bayonetas moras, y cruces gamadas.

PASIONARIA

A CARMEN LYRA

Tú ennosras, heroicamente, de todas las madres la paciencia santa que soportó angustias y dolores... mas, que al fin, estalla, tal como en el pecho de la leona brava cuando la jauría desatada asalta su refugio en donde los tiernos cachorros encienden sus ojos de luces selváticas, en rugidos, de ecos amenazadores y en acometidas de ímpetus soberbios que prenden fulgores de luz en sus garras! Tú, Mujer piadosa, entras en el río de revueltas aguas, turbias del presente, claras del mañana, y, bregando entre olas de injusticia surda, de proterva fuerza, de horror e ignorancia, firme, cual si fueras San Cristóbal mismo, el de la leyenda dorada, recogas, con gesto grave, de las aguas al niño, entregado por los miserables modernos faraones a muerte en las fauces de los cocodrilos, —hambre, guerra, peste, miseria, desgracia;— y tus manos santas rescatan al niño de la clase esclava y al futuro entregan la gloriosa carga. Duro es el combate! Tu bandera es alta, como que con ella, Lenin en la historia Capitán de pueblos, cima coronara!... de solo pensar en que a España y a la Causa revolucionaria le faltes, mi noche de América se llena de lágrimas... Pero tu bandera, fuerte miliciana, lo dirá con las mismas palabras, proféticas, con que Langston Huges un gran poema cerrara, Dolores Ibarruri, Pasionaria, nunca jamás, en los siglos y siglos; nunca jamás será arriada!

CARLOS LUIS SAENZ

Octubre 22 1936

Uno que recita a Martí, pero que no lo practica

Hará unos veinte años que un mozo, alto él y echado para atrás, con el gesto de quien se enfrenta sin miedo a la vida, hablaba a los muchachos del Liceo de un modo tal de la historia de la humanidad, que parecía que el mozo aquél no tenía una conciencia adocenada.

Recitaba el mozo a estudiantes y maestros el discurso de Martí sobre Bolívar, con todos sus puntos y comas, y lo hacía con acento convencido, agitando la cabeza como al impulso de un viento sublime. Cuando repetía aquello de, *«pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y celoso, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy; porque Bolívar tiene que hacer en América todavía»*, uno creía que aquel mozo iba a ser uno de los que llevaría a cabo en América lo que Bolívar dejó por hacer.....

Pero anduvo y anduvo el tiempo... y el recitador no se destacaba como pionero de la justicia sino que se metió a formar parte del rebañío sumiso a los poderes constituidos y a las injusticias legalizadas. Había llegado a Ministro de Educación y a diputado, y pronunciaba sus discursos ovejunos con gran prosopepeya y con el acento arrebatado con que en otro tiempo había recitado el Discurso de Martí sobre Bolívar. Este discurso no había dejado nada en la conciencia de quien tantas veces lo repitiera. Quizá le gustó sólo por la sonoridad de los períodos y éstos pasaron por su ánimo como los pájaros por el aire.

Después de recitar cien veces el famoso discurso, después de aquel adelantarse en la tribuna agitando la cabeza como si estuviera poseído por divina fiebre, lleva a cabo estas dos hazañas que parecen enanosen zancos: 19 se pronuncia por la ley que va a cercenar la libertad de imprenta en Costa Rica; 20, anuncia que se pondrá a la

cabeza de un coro de diputados para pedir que en cuanto los moros y el Tercio Extranjero tamen Madrid con las ametralladoras suministradas por Hitler y los aviones de bombardeo ofrecidos por Mussolini, sea reconocido por nuestro gobierno el gobierno del General Franco. Es inútil decir que los diputados que tal pedirán, son de los que miran desde la cima de la respectiva curul, con infinito desprecio al pueblo español al que consideran «plebe»; ellos no vacilan entre el miliciano en alpargatas que con trabucos defiende su derecho a la vida y combate al fascismo y este General Franco que forma parte de la pléyade de militares que al servicio de la monarquía llevaron a los ejércitos españoles a dar su sangre en las derrotas de Marruecos. Entre la «plebe» con antorchados y medallas y la «plebe» en alpargatas, nuestro héroe no ha vacilado; con la primera no se arrojaba la comodidad y uno adquiere fama de estar con el «orden»; con la

segunda se cosechan muchos «sinsabores», se corre el peligro de ir a la cárcel por sembrar el «desorden» y se cae en desgracia con la «plebe» honorable que es la que reparte puestos y gangas.

Si el discurso de Martí sobre Bolívar hubiera ido más adentro de las cuerdas vocales del que hará en el Congreso la apología del General Franco, tal vez «estos milicianos en alpargatas que están defendiendo a España del «noble» conde, del «noble» duque, de Su Señoría Ilustrísima que atesoraba pesetas, del contrabandista asesino que se llama Juan March el millonario, le habrían recordado a los que siguieron a Bolívar en su gesta heroica, aquellos españoles segundones desheredados, aquellos gauchos, rotos, cholos y llaneros, todos «tocados en su punto de hombre», como dice Martí en el discurso que Teodoro Picado se sabe todavía de memoria, con comas y puntos.

Pasa a 6a. página